

preciso exterminar buena parte de ellos y tomar con el resto medidas rigurosas. Los francos hicieron más: relegados al Ponto Euxino, dice Zósimo, se apoderaron de algunos barcos, pasaron el Bósforo, y después de haber saqueado á su paso las costas del Asia Menor y de la Grecia, extendiendo el pillaje á las grandes ciudades de Atenas, Siracusa y Cartago, tomaron el estrecho de Hércules, y costeano á España y Galia, volvieron á las bocas del Rin, donde refirieron á sus compatriotas admirados que habían atravesado impunemente todo el imperio romano.

Fué una revelación fatal, muy bien comprendida por los frisonos y sajones, los cuales comenzaron por entonces á desolar con sus piraterías las costas de las provincias occidentales.

Otros peligros eran de temer por parte de los bárbaros destinados á los juegos del Circo. Aquellos hombres que derramaban tan fácilmente su sangre, repugnaban el oficio de divertir al populacho romano. Probo había reservado buen número de ellos para las fiestas que debía á Roma después de sus victorias; pero los bárbaros rompieron antes sus cadenas, y fué menester un combate en toda regla para someterlos.

Por aquel entonces, la inquieta y tumultuosa población de Alejandría proclamó emperador á Saturnino, hábil general á quien Aureliano y Probo apreciaban, pero ligero de cascos y turbulento, como todos los de esa raza gálica, dice el historiador. Al principio dejó al populacho que jugara al imperio; después, sobrecogido de temor, huyó á la Palestina para sustraerse á un honor tan peligroso, y finalmente, creyendo que no habría más seguridad para él como particular, hurtó un velo de púrpura á una estatua de Venus y se hizo de él un manto imperial.

Pero con las lágrimas en los ojos, decía á los soldados que lo encadenaban á este supremo honor: «¡Ah! la república pierde un ciudadano útil: yo he restaurado las Galias, recobrado el Africa de los moros y pacificado á España. ¿De qué me sirve ya esto? En un día pierdo todo lo que he ganado en tantos años de fatigas; porque llamándome al imperio, me arrastráis á la muerte.»

Probo quería perdonarlo y le escribió cartas amistosas prometiéndole el perdón. Pero los soldados que esperaban explotar su fortuna, lo obligaron á conservar su título, y á la llegada de las tropas imperiales, se refugió en un castillo, donde fué hecho prisionero y decapitado.

Idéntica aventura se repitió en Lyon. Desde que el ejército volviera á sus antiguos hábitos de disciplina bajo la mano firme de los nuevos jefes, el populacho de las grandes ciudades parecía haber heredado su turbulencia. Los lioneses proclamaron á su vez á Próculo, hombre grosero que se jactaba de hazañas vergonzosas (1) y á quien Probo no tuvo más que tocar con el dedo para derribarlo. Bono, otro soldadote, hubo de sublevarse para huir de la responsabilidad de una falta, pues los germanos habían quemado la flotilla del Rin confiada á su custodia. Batido por las tropas imperiales, ayudadas por auxiliares germanos, se colgó de un árbol. Mostrando su cadáver decían los maleantes: «No es un hombre lo que cuelga, es un odre (2).» Y la oración fúnebre era mercedez.

Probo había respetado la vida de la familia de Próculo, y

(1) *Centum ex Sarmatia virgines cepi. Ex his una nocte decem inivi; omnes tamen, quod in me erat, mulieres intra dies quindecim reddidi* (Vopisco, *Procul.* 12).

(2) *Id. Bonus.* 15. Era bretón, de origen español. Su madre era gala; su padre había sido maestro de escuela. Ya hemos hablado en otro lugar de sus hábitos de embriaguez.

lo mismo hizo con la de Bonoso; Hunila, su mujer, hasta recibió una pensión vitalicia.

Todavía se trata de una tentativa de rebelión en Bretaña. Un amigo del emperador se interesó por cierto personaje, cuyo nombre no se ha conservado, y obtuvo para él el gobierno de aquella provincia. Sabiendo luego que la fidelidad de su protegido flaqueaba y temiendo parecer cómplice suyo, fingió haber caído en desgracia, pasó á la Bretaña, y bien acogido por el gobernador, le dió de puñaladas.

Todos estos movimientos de rebeldía habían acabado por manera funesta para sus promovedores; no por eso dejaban de ser un síntoma enojoso. Los malos instintos que habían cedido momentáneamente al sentimiento de los infortunios del Estado, se despertaban de nuevo. Probo debía su fortuna á la guerra; sin embargo, hubiera querido ocuparse ahora sólo en trabajos de utilidad pública y á ellos dedicaba á sus soldados. Estos, buen ó mal grado, consentían en levantar las fortificaciones en ruina y en reparar las vías militares, como lo habían hecho á menudo sus predecesores. Pero Probo les hacía construir templos y pórticos, regularizar el curso de los ríos y desecar pantanos, roturar yermos y plantar viñas en Galia, en Panonia, en Mesia, donde aquellos viñedos, más vivaces que el imperio, subsisten aún, y corría de él un dicho peligroso: «Día vendrá en que Roma no tenga necesidad de ejército.»

Debemos nuestras simpatías á aquel valiente soldado que no desconocía la parte debida, en una sociedad regular, á la autoridad civil; que en medio de las armas, pensaba en las obras de la paz, y empleaba en ellas sus legiones, en las cuales sabía mantener la más severa disciplina.

Todavía no era viejo (50 años), y amado del senado, y temido de los bárbaros, habría dado prósperos días al imperio si los hubiera tenido él más largos de vida; pero, por desgracia, se los cortaron á lo mejor.

El ejército romano estaba compuesto de elementos demasiado groseros para que las ideas de abnegación é interés por la cosa pública pudieran ser comprendidas por aquellos hombres que no tenían nada de romanos, si estas ideas se presentaban á su rudo entendimiento en otra forma que el valor de las batallas. Y sucedió que un día de riguroso verano, cuyo ardor hacía más pesada la fatiga y mayor la exaltación de los ánimos, los soldados que desecaban un pantano en las cercanías de Sirmio, arrojaron las herramientas y tomaron las espadas, y forzando la entrada de una torre, donde Probo vigilaba los trabajos, lo degollaron bárbaramente (set. ú oct. de 282) (3).

Dado el golpe, los mismos que lo dieran lloraron al que habían asesinado y escribieron en su sepulcro:

«Aquí yace el emperador Probo, verdadero hombre de bien, que venció á todos los pueblos bárbaros y también á todos los tiranos (4).»

Caro, á quien Probo había colmado de honores, vengó su muerte castigando á sus asesinos.

(3) Esta torre estaba guarnecida de hierro, *turris ferrata*, de lo que deducimos que ya había habido murmuraciones alarmantes y que Probo había tomado precauciones contra una sorpresa. Zonaras hace preceder este asesinato de una sedición de otros soldados, que hubieron de obligar á Caro á tomar la púrpura y á venir sobre Italia. Cf. Vopisco, *Prob.* 21; Aurelio Víctor, 37; Eutropio, IX, 17; Orosio, VII, 24, etc. No siendo mucha la autoridad de estos escritores, me atengo á lo que me ha parecido más verosímil.

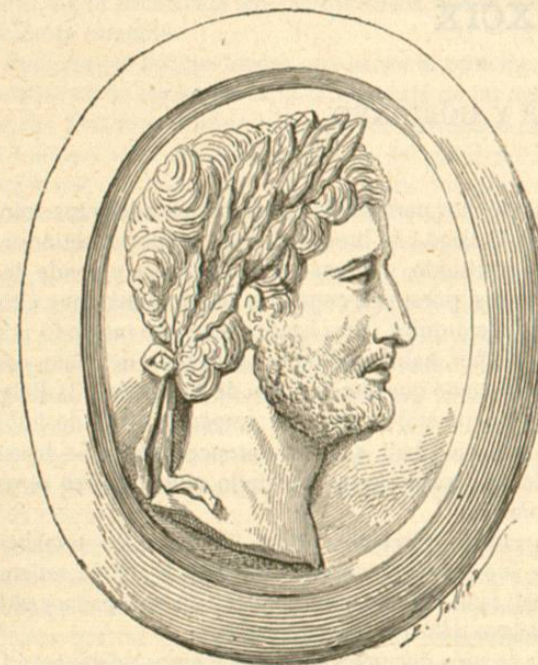
(4) Algunas monedas de Probo tienen por leyenda: *Bono imp. C. Probo*, epíteto raro en las monedas imperiales. Una inscripción (Wilmanns, 1048) dice: *pietate, justitia, fortitudine et plane omnium virtutum principis vero Gothico, veroque Germanico, ac victoriarum omnium nominibus illustri, M. Aur. Probo*. Mommsen infiere de las

Añadamos un título más á los que Aureliano y Probo poseen á la estimación de la historia: estos valerosos príncipes formaron la grande escuela militar de que salieron Caro, Diocleciano, sus tres colegas, Constantino, Licinio y los generales que garantizaron la seguridad de las fronteras por espacio de más de medio siglo.

III.—CARO (set. 282—dic. 283).
CARINO Y NUMERIANO (dic. 283—abril 285).

Marco Aurelio Caro era también ilirio (1), pero se había educado en la capital, se llamaba él romano y había desempeñado cargos militares y civiles, el proconsulado de Cilicia, un consulado sustituido y la prefectura del pretorio. Era pues senador, y sin embargo, tuvo menos miramientos con el senado que Probo, limitándose á participarle su advenimiento, bien que se felicitará de que esta vez hubiera salido el príncipe del orden senatorial.

Tenía Caro dos hijos de inclinaciones muy diferentes: Carino, violento y vicioso, y Numeriano, de costumbres dulces y de talento cultivado. A creer las lisonjas del senado, que le hizo erigir una estatua en la biblioteca Ulpiana, Numeriano habría sido un excelente orador, y todavía lo comparaban por sus versos con Nemesiano, el más famoso poeta de aquel tiempo. El nuevo emperador nombró César á sus dos hijos, y compartiendo el imperio con Carino, le confió el gobierno de las provincias occidentales, no sin alguna vacilación acaso. A lo menos se supone que hubo



Caro coronado de laurel (2)

de arrepentirse muy luego y pensó en retirar los poderes para dárselos á Constancio Cloro. Mas por de pronto, renovando el proyecto que Probo había formado de dar un golpe seguro al enemigo hereditario del imperio, al persa,

palabras *vero Gothico, veroque Germanico*, que Probo había rehusado estos dos títulos. Yo estoy en que el carácter general de la inscripción da otro sentido. Las gentes de Valencia que lo hicieron grabar querían sin duda oponer las serias victorias de Probo á las de tantos otros emperadores que no habían sido verdaderos vencedores.

(1) Nació á lo menos en Iliria. Uno de sus historiadores lo hace hijo de un cartaginés, *Penis parentibus* (Vopis. *Car.* 8); Zonar. lo llama galo.

(2) Retrato de fantasía: Caro tenía más edad y era calvo, si las palabras que se le atribuyen son auténticas.

se dirigió á Oriente á la cabeza de un formidable ejército llevando consigo á su hijo Numeriano (enero 283).

A la nueva de la muerte de Probo, pasaron el Danubio los cuades y recorrieron toda la Panonia. Caro exterminó diez y seis mil é hizo prisioneros mayor número, incluidas muchas mujeres.

Pasó luego á la Mesopotamia, y Bahrán II, cuyas principales fuerzas guerreaban entonces al otro extremo del imperio, probó á conjurar la tempestad que á más andar se le venía encima, enviando á Caro humildísima embajada.

Cuando los embajadores pasaron la puerta del campamento, se les condujo ante un anciano, que estaba sentado



Moneda conmemorativa de las victorias sobre los cuades (3)

en el suelo, cubierto con una simple túnica de lana y comiendo unos guisantes con una tajada de salazón.

El anciano les dijo sin levantarse que él era el emperador, y que si los persas no reconocían ya la majestad romana, había de dejar su país tan pelado como su cabeza. Y descubriéndose entonces les dejó ver un cráneo enteramente calvo. «¿Tenéis hambre? les preguntó. Si tenéis, comed de aquí, y sino, retiraos (4).»

Una victoria le abrió el camino de Seleucia, adonde entró sin dificultad, pasó el Tigris, tomó á Tesifonte, y ya se disponía á ejecutar sus amenazas, cuando un día, durante una tempestad, se vió que ardía su tienda. Aper, su prefecto del pretorio, supuso que un rayo había incendiado la tienda, después de haber dado muerte al emperador.

El rayo no era sin duda tan culpable. Caro era duro, y fatigados de aquella campaña de estío bajo un clima abrasador, soldados y oficiales se veían con espanto arrastrados por él al fondo del Asia. Hízose cundir una especie de profecía de que ningún emperador romano podría pasar de Tesifonte, y se aprovechó la ocasión de la tempestad para dar el golpe. La tempestad había cumplido el oráculo, y el incendio borrado las huellas del crimen (fines dic. 283).

El secretario del príncipe escribió al prefecto de la ciudad diciendo:

«Caro, nuestro amado emperador, estaba enfermo en su lecho, cuando estalló sobre el campamento una espantable tempestad. El cielo se puso tan oscuro que no podíamos reconocernos unos á otros, y en la confusión general, los continuos relámpagos nos quitaron el conocimiento de todo lo que pasaba. Inmediatamente después del último trueno, oímos gritar que el emperador había muerto. Parece que los oficiales de su servidumbre, en el transporte de su dolor, hubieron de prender fuego á la tienda imperial, lo que ha dado lugar al rumor de que Caro había perecido víctima de un rayo; pero por lo que hemos podido apreciar las

(3) IMP. NVMERIANVS P. F. AVG. Busto laureado sosteniendo un asta y un globo. Al reverso, TRIVNF. VQVADOR. Carino y Numeriano en una cuadriga (Medallón de bronce). Pero ni el padre ni su hijo mayor debían regresar á Roma, y los pueblos no vieron de ese triunfo más que las monedas que llevaban su emblema.

(4) También se atribuyen á Probo estas palabras.

cosas, creemos que su muerte ha sido efecto natural de su enfermedad.»

Numeriano heredó el título de Augusto que su hermano Carino tomó también en Roma, y el ejército, abandonando sus conquistas, volvió á las provincias.

El joven emperador Numeriano, de carácter blando y pensativo, prefería soñar en sus versos que añadir nuevas hazañas á las de su padre. Su constitución era tan delicada que no había podido sufrir las fatigas de esta expedición: el sol y la arena abrasadora del desierto le habían causado una oftalmía que lo obligaba á vivir en la oscuridad, sin poder salir de su tienda ó de su litera; de modo que los soldados se acostumbraron á no verlo. Así se atravesó lentamente la Mesopotamia, las provincias sirias y el Asia Menor, mandando el ejército el prefecto del pretorio Aper, suegro de Numeriano.

A principios de setiembre llegaron á orillas del Bósforo, y una parte del ejército había pasado ya el estrecho cuando corrió la voz de que Numeriano había muerto. Corrieron los soldados á su tienda y encontraron un cadáver de muchos días.

Este secreto guardado tanto tiempo dirige las sospechas contra el que tenía el deber de revelarlo desde el primer momento. Rodean á Aper, lo acusan de ser el asesino de su yerno y lo cargan de cadenas, y los generales reunidos en

Calcedonia, en la orilla asiática, se constituyen en tribunal para juzgar al asesino, cuyo crimen nadie pone en duda.

Antes del juicio eligen á uno de ellos por jefe, al hijo de un antiguo esclavo, á un soldado de fortuna, al conde de los domésticos (1), Diocleciano; pero hombre también, que debía ser un capitán distinguido, cuando sin competencias, ni intrigas, ni intervención de la soldadesca era elegido por sus compañeros de armas.

Diocleciano pues sube al tribunal, jura por el Sol, dios que todo lo ve, hasta los pensamientos más recónditos, que no ha tenido la menor intervención en aquel crimen ni ha deseado el imperio. Y volviéndose luego hacia Aper, exclama: «¡He aquí el asesino!» Y le hunde la espada en el corazón, como el sacerdote que inmola la víctima consagrada á los dioses infernales. Juez supremo, [había pronunciado la sentencia; soldado, la ejecutaba (17 setiembre 284).

Diocleciano es emperador. Va á abrirse una nueva era: ha terminado la historia de Roma republicana é imperial y comienza la del Bajo Imperio.



M. Aurelio Carino coronado de laurel, con el *paludamentum* y la coraza

CAPÍTULO XCIX

DIOCLECIANO.—GUERRAS Y GOBIERNO

I. — DIOCLECIANO Y MAXIMIANO Ó LA DIARQUÍA (284-293)

Diocleciano, que después de su advenimiento, dió á su nombre griego una desinencia romana y más sonora, *Diocletianus* (2), era un dálmata de las cercanías de Escutari, cuyo padre había sido esclavo. Habiendo entrado joven en el servicio, hubo de llamar la atención de sus jefes, menos por acciones ruidosas, que por su ingenio penetrante y despejado, que encontraba siempre la medida más exacta que tomar y los mejores medios de ejecutarla. A la muerte de Claudio el *Gótico*, tenía veinticinco años, la edad más á propósito para

aprovechar las lecciones de la grande escuela militar de Aureliano y de Probo.



Diocleciano (3)

(1) *Domesticos regens* (Vopisco, *Numer.* 13). Los domésticos que se encuentran ya mencionados en tiempo de Caracalla eran compañías de guardias imperiales, y sus jefes tomaban naturalmente la autoridad y el rango que les daba la confianza del príncipe, cuya vida estaba en sus manos. Una inscripción encontrada en Nicomedia menciona á un guardia del cuerpo de los Protectores, *protectores divini lateris*, en el reinado de Aureliano. C. I. L. III, 327. Otra inscripción nombra al jefe de esta guardia, que fué cónsul en 261 (Perrot, *La Galatie*, t. I, p. 6). En una inscripción de Claudio II se menciona también á los protectores (*Bull. épigr.* n.º 1, p. 5).

(2) Su nombre en las inscripciones es: C (ó M) *Aurelio Valerio*

En aquellos perturbados tiempos los adelantos eran rápidos y él llegó con brevedad á los grados superiores: fué cónsul sustituido, gobernador de la Mesia y conde de los domésticos, puesto de confianza que lo ponía muy alto en la escala jerárquica. Para hacer creer que matando por su mano á Aper, había ejecutado un decreto del cielo, contaba Diocleciano que una druidesa de Tongres en la Bélgica, le había prometido que sería emperador cuando hubiera derribado un jabalí. «Desde entonces, decía, he buscado jabalíes por todas partes y matado muchos; pero otros se los comían.»

En efecto, Aureliano, Probo, Tácito, Caro tomaban el poder supremo y él quedaba en filas. El 17 de setiembre el jabalí fatal (4) caía, en fin, al filo de su espada, y el hijo del esclavo dálmata era emperador.

Los escasos documentos que poseemos referentes á Diocleciano no dan esos detalles íntimos que permiten penetrar hasta el fondo del alma de los personajes de la historia. Sin embargo, á pesar de los vacíos y oscuridades se entrevé que fué más que un soldado de fortuna. Pero este advenedizo no salía de ninguna de aquellas ricas é inteli-

Diocleciano (Wilmanns, 769 y 824). Nació en *Doclea* de Dalmacia, cerca de Podgoritz, al pie del Montenegro. A su advenimiento no tenía más que treinta y nueve años.

(3) Busto laureado con coraza y égida. Medallón de bronce.

(4) *Aper* es en latín el nombre del jabalí. Se ha creído que con el precipitado asesinato de Aper, quiso prevenir Diocleciano revelaciones que lo comprometían, pues conde de los domésticos, encargado de la guardia del soberano, había debido saber lo que pasaba en la tienda de Numeriano. Pero como suegro del príncipe, como prefecto del pretorio, Aper tenía autoridad superior que le permitía separar á los que hubieran podido estorbar sus designios.

gentes ciudades, en que los Antoninos habían aprendido las elegancias de la sociedad romana: así, no teniendo su distinción natural ó adquirida para mantener á distancia la multitud, se rodeó de pompas solemnes y frías, reguladas por la más severa etiqueta. En las artes, estará por las construcciones macizas, por la pesada ornamentación de las épocas de decadencia, y mientras la *villa* de Adriano en Tibur nos ha conservado muchas obras maestras, del palacio de Diocleciano en Salona, vasto amontonamiento de mármol, de granito, de pórfido, no nos ha quedado ninguna.

Al parecer tuvo mejor gusto para las letras. Consta que dotó á Nicomedia de una escuela de enseñanza superior, á la que llamó á Lactancio, el más elocuente de los retóricos de su tiempo; que dispensó á los estudiantes hasta los veinticinco años de edad de los cargos municipales; que tomó por modelo á Marco Antonino el Filósofo, hombre más grande que él, pero no tan buen príncipe; que hizo, en fin, redactar biografías de emperadores.

Por desgracia, las lecciones que tomó de la historia, bien que revelándole las verdaderas necesidades del gobierno, no le enseñaron cosa de dulzura: será implacable con las insurrecciones armadas, y aun con las que no lo sean; y si tuvo en su retiro mucha filosofía práctica, parece que no tuvo nunca gran curiosidad de espíritu: en Salona, su jardín lo ocupará más que los libros. Su religión era la del campesino: para sus enfermedades un dios curandero; para su fortuna, un dios protector, Júpiter, y la voz de los oráculos, mejor escuchada en ciertos casos que la voz de la sabiduría humana.

Pero poseyó las cualidades que hacen al príncipe: el conocimiento de los hombres, la inteligencia de las necesidades del Estado y el firme propósito de entregarse en cuerpo y alma y sin descanso á la gestión del gobierno. Podría imaginarse que este creador de la corte bizantina fué un afeminado; pero tuvo para las provincias, las fronteras y los ejércitos la viril solicitud de Adriano: como este infatigable viajero, estará constantemente en los grandes caminos del imperio; pesará maduramente sus designios; los formará de lejos para tener tiempo de asegurar el éxito y ejecutará con energía lo que la prudencia haya preparado.

Su busto del Capitolio revela bien esta paciente y firme tenacidad: en esa frente amplia y cuadrada, en ese tranquilo y frío semblante, se reconoce al hombre dueño de sí mismo, lo que es la primera condición para llegar á ser dueño de los demás.

Lactancio lo acusa de cobardía y avaricia. Singular acusación dirigida al soldado que había conquistado todos sus grados y honores en el campo de batalla y al príncipe económico que fué el más fastuoso de los emperadores sólo porque creyó necesario este fausto á la monarquía que fundaba. No creeremos más á Lampridio cuando lo llama el «Padre del siglo de oro»: el siglo IV no tiene ningún derecho á este título. La historia de su reinado, que salvo cierto momento, dió á la sociedad romana una larga paz interior y al imperio cuarenta años de seguridad, nos lo hará conocer mejor que las sospechosas palabras de sus enemigos y de sus aduladores.

Elegido por el ejército de Oriente, tenía Diocleciano un peligroso competidor, Carino, que orgulloso de un brillante triunfo contra los yaciges, no estaba por abandonar la herencia de su padre. Pero aborrecido por el senado (1),

(1) Carino había dicho un día á la plebe de Roma que los bienes de los senadores le pertenecían, porque ella era el verdadero pueblo romano (*Hist. Aug.*, Carin. I).

cosa de poca importancia, en verdad, Carino, como tan vicioso, era despreciado por los rudos compañeros de armas de los últimos príncipes, y temido por los soldados, en razón de su crueldad: esta desafección del ejército era grave para un príncipe que tenía que combatir á un competidor.

Por ambas partes se invirtieron muchos meses en preparar la lucha. Carino derribó primero á Juliano, gobernador de la Venecia, que había tomado la púrpura, y obtuvo algunas ventajas sobre la vanguardia de Diocleciano.

En marzo ó abril de 285, se encontraron en fin los dos ejércitos para la batalla decisiva, en Margo, á orillas del Morava, no lejos de la confluencia de este río con el Danubio. Como siempre, las legiones asiáticas cedieron al choque de las europeas; pero Carino murió al filo de la espada de uno de sus oficiales, á cuya esposa había deshonrado el príncipe libertino.

Esta muerte parece haber sido para todo el mundo una liberación. Por parte del vencedor, nada de confiscaciones ni destierros: cada cual hubo de conservar su puesto, hasta los prefectos de la ciudad y del pretorio; y todavía tomó Diocleciano á uno de ellos por colega en el consulado. Es de creer que se había establecido antes de la batalla una secreta inteligencia y que los oficiales del emperador de Occidente lo habían vendido á su competidor. Eutropio dice que se le hizo traición, ó á lo menos se le abandonó á última hora.

Lo mismo sucederá en los ejércitos de Vetranión, de Magnencio, de Máximo y de Eugenio, defecciones probablemente preparadas por el oro de Constancio y de Teodosio. En aquel tiempo en que Roma no tenía ya por soldados más que mercenarios, la mejor máquina de guerra era un arca bien provista de caudales.

Esta gran conmoción había quebrantado el imperio, reanimado á los bárbaros y disminuido la fidelidad de los súbditos que Roma protegía mal y el fisco arruinaba. Los impuestos eran pesados de suyo y por la penuria de los recursos de la producción (2) Lo que hemos dicho de las miserias de la industria, del comercio y de la agricultura, de la desaparición de los pequeños propietarios, del abandono de los campos, aun en las regiones más feraces, hace comprender que en medio de aquellas poblaciones embrutecidas por la desgracia, *Gallias efferatas injuriis*, hubieran estallado insurrecciones. La de los bagaudos (3) fué un momento formidable: esclavos fugitivos, colonos apremiados por sus amos, campesinos sin hogar, deudores insolventes, todos los perdidos se hicieron bandoleros y acabaron por formar un ejército que eligió dos Césares, Eliano y Amando (285).

(2) César no había pedido á los galos más que cuarenta millones de sestericios, unos diez millones de francos: era una carga que por su propio interés quería hacer ligera. Cuando Augusto reorganizó el imperio, exigió de la Galia el mismo tributo, *plus minusve*, que de Egipto, 12.500 talentos (Vel. Pater. II, 39, y Estrabón XVII, 1, 13), ó cerca de setenta millones de francos. Savigny cree que en tiempo de Constantino, el tributo montaba á un quintuplo (Marquardt, *Handb.* II, 288).

(3) Según Ducange, *bagaud* en lengua céltica significa *banda*, partida. Campesinos galos se habían mezclado ya en los tumultos de la soldadesca desde el tiempo de Tétrico (Eumenes, *Funeq. veter.* VII, 4). Durante 20 años (254-274), la Galia estuvo entregada á las devastaciones de los bárbaros y de la guerra civil.